



¿Podemos nosotros hoy conocer a Jesús?

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Dios «*hizo al hombre a su imagen y semejanza*» (Gén 1,24). Por eso Jesucristo, será nuestro modelo para acercarnos a Dios, para caminar determinados hacia la santidad.

«En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender cómo merece ser tratado este Señor. Pues razón será que procuremos deleitarnos en esas grandezas que tiene nuestro esposo, que vida hemos de tener, ¿por qué nos han de quitar que procuremos entender quién es este hombre y quién es su padre y qué tierra es esta adónde me ha de llevar y qué bienes son los que promete darme, qué condición tiene, cómo podré contentarle mejor, en qué le haré placer y estudiar cómo haré mi condición que conforme con la suya?» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 22,7).

Nosotros tenemos que poner los medios, pues, «*quien busca halla*» (Mt 7,8). La Virgen y San José lo buscaron durante tres días, y lo encontraron (Lc 2,48). Zaqueo, también deseaba verlo, puso los medios y el Maestro se le adelantó invitándose a su casa (Lc 19). Las multitudes que salieron en su busca tuvieron luego la dicha de estar con Él (Lc 6,9).

«¡Oh Señor y verdadero Dios mío! Quien no os conoce, no os ama. ¡Oh, qué gran verdad es ésta! Mas ¡ay dolor, ay dolor, Señor, de los que no os quieren conocer!» (Exclamaciones del alma a Dios 14,1).

Nadie que de verdad le haya buscado ha quedado defraudado. Él viene a nuestro encuentro para que correspondamos a su amor. Nosotros en ejercicios, también queremos conocerle mejor. «*Queremos ver a Jesús*» (Jn 12,21). Debemos poner lo que esté de nuestra parte para este conocimiento. Y debemos hacerlo encomendándonos, y pidiendo luz y ayuda especial a quienes nos lo puedan facilitar.

a) Pedírselo a Dios, su Padre. «*Jesús le dijo: "dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos"*» (Mt 16,17). [...] Debemos pedirle al Padre, que nos lo revele, pues es quien lo puede dar a conocer. «*Nadie puede conocerme, si el Padre, que me envió, no se lo concede*» (Jn 6,44). Solo a quien Dios se lo concede, dice la Santa.

«Acá no está en nuestro querer sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced» (4Moradas 3,3).

b) Pedírselo a María, su Madre. Es el fin principal de la Virgen, darnos a conocer a su Hijo. Se lo pedimos rezando la Salve: «*Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre*». Los ejercicios son para



conocerlo mejor, y así se lo pedimos, seguros que nos lo quiere conceder, pues es también nuestra Madre y la Medianera de las gracias, y esta sería una gracia muy especial.

«Alabadle, hijas mías, que lo sois de esta Señora verdaderamente; pues tenéis tan buena madre. Imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora» (3Moradas 1,3).

San Ignacio en el Coloquio (E.E. nº 109) dice: «a la Madre y Señora nuestra, pidiendo gracia, para seguir e imitar más al Señor nuestro».

c) Pedírselo al Espíritu Santo. Es él quien ha sido enviado por el Padre y el Hijo con la misión especial de revelarnos a Cristo. «Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad que yo os enviaré y que procede del Padre, él dará testimonio sobre mí» (Jn 15,26). La Santa le atribuye al Espíritu Santo el carisma de dar luz, de lo contrario sería muy difícil entender lo sobrenatural.

«Bien he menester lo que he hecho, que es encomendarme al Espíritu Santo; porque comienzan a ser cosas sobrenaturales, y es dificultosísimo de dar a entender, si Su Majestad no lo hace» (4Moradas 1,1).

d) Pedírselo a los Apóstoles. Como hombres que son, nos pueden hacer entender bien, y dar a conocer, cómo ellos pudieron conocer al Maestro: lo vieron, lo oyeron, lo tocaron. Nos encomendamos a ellos para que nos iluminen. «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos acerca de la Palabra de la vida, pues la vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio, y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros» (1Jn 1,1-3). Dice la Santa sobre los Apóstoles:

«Traen lo que dijo el Señor a los Apóstoles cuando la venida del Espíritu Santo digo cuando subió a los cielos para este propósito. Paréceme a mí que si tuvieran la fe, como la tuvieron después que vino el Espíritu Santo, de que era Dios y hombre» (Vida 22,1).

e) Vivir en gracia de Dios. Debemos procurarlo siempre, para conocer mejor al Señor, para poder notar su presencia entre nosotros, pues Él nos quiere cambiar la vida. [...] Por la gracia, tenemos a Dios en el alma.

«Este cielo pequeño de nuestra alma, a donde está el que la hizo» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 28,5).

Ser virtuosos facilita el conocimiento del Señor: «Por esto mismo, poned todo vuestro empeño en unir a vuestra fe una vida honrada; a la vida honrada, el conocimiento; al conocimiento, el dominio de sí mismo; al dominio de sí mismo, la paciencia; a la paciencia, la religiosidad sincera; a la religiosidad sincera, el aprecio fraterno; y al aprecio fraterno, el amor. Pues si poseéis en abundancia todas estas cosas, no quedaréis inactivos ni estériles en orden al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo» (2Pe 1,5-8). Intentando esto en nuestra vida; fe, vida honrada, mortificada, paciente, religiosa, caridad, podremos reconocer al Señor en el alma:



«Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. Él le enseñará. Mirando su vida, es el mejor dechado» (Vida 22,7).

Que nos acerquemos a la figura del Buen Pastor, para conocer al Señor, no para quedarnos en lo atractivo de la figura externa. ¿Yo conozco al Buen Pastor? ¿Su voz? ¿Le amo? ¿Le sigo? Agradecemosle cuanto hace por nosotros y roguemosle en ejercicios que de hoy en adelante seamos ovejas dóciles de su rebaño, que escuchemos su voz y le sigamos.

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!